



# EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1184

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraño.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 27 DE OCTUBRE DE 1899

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## ¿ES HORA YA?

Inglaterra concentra sus escuadras por lo que ocurrir pueda.

En el golfo pérsico y en el Estrecho de Gibraltar agrupa sus acorazados, sus cruceros y sus avisos para lanzarlos en un momento dado sobre el punto que le convenga, si surgiera algún incidente desagradable que menoscabara sus intereses en cualquiera de sus colonias.

Desde el momento que el viejo lobo de mar se muestra receloso, es que abriga temores. Su manera de ser respecto a sus vecinos, su ambición desmedida puesta a cada instante de manifiesto y especialmente desde que pactó con los Estados Unidos de América, le hacen sospechar de los que fueron siempre sus enemigos, no solo por lo que éstos valgan aislados, sino porque pueden hacer causa común con ellos los que sin causa justificada fueron por ella mortalmente agravados.

Justificados están los recelos de la Gran Bretaña. Si los rozamientos que ha tenido en su vida con las demás naciones, de las cuales ella y sobre ella es la culpable, —no le hicieran suponer que hay muchas gentes que la miran con malos ojos, lo que está sucediendo con motivo de la guerra sudafricana la pondrían al tanto de las generales antipatías que se ha creado. Rusos, alemanes, franceses, irlandeses, habitantes de Holanda y de América y hasta súbditos de la reina Victoria, acuden al Transvaal a alistarse bajo las banderas de Kruger.

Al contemplar la emigración creciente hacia el pequeño Estado; al ver zarpar de los puertos de Rusia los grandes trasatlánticos que llevan a la guerra centenares de voluntarios, organizados ya, y sobre todo, al contemplar sus tropas batidas por los boers, dejando

en poder de éstos trincheras, posiciones, ciudades, armamento y hasta lo que no se abandona más que en casos extremos—los héridos—ha debido tener en cuenta si se habría equivocado al pensar que la campaña en que se encuentra metida era fácil.

Si así lo cree se comprende su actitud respecto de la campaña con los transvaalenses tiene enfrente a los boers, pero tiene también, haciendo causa común con ellos, la fuerza moral de casi toda Europa y de una gran parte de la libre América.

Inglaterra concentra sus escuadras porque habrá pensado que con motivo de esa guerra puede plantearse la cuestión famosa de la línea internacional, de esa conflagración tremenda que en distintas épocas y distintos lugares ha amenazado al mundo y que si no ha estallado ya, se debe a los temores que abrigan por su suerte los que en ella habrán de ser actores principales.

¿Es que ha llegado ahora el momento de liquidarlo todo?

La operación es peligrosa, pero de uno u de otro modo que quede resuelta ha de ser en perjuicio de todos.

Eso la viene dilatando para luego; mas ese luego llegará algún día y plega que éste sea el de mañana.

## CANTARES

I  
Los colores de mi cara ya no me quieren salir, no te vayas a creer que me han salido por tí.

II  
Obispo, gobernadores y el Ayuntamiento junto, van a declarar que eres la mejor cosa del mundo.

III  
No me pondré ningún luto porque de querirme dejás, me pondré vestido nuevo y repicaré en la iglesia!

IV  
Que no deje de quererte me aconsejan las comadres, como si fuera posible conocerse y olvidarse.

V  
Todas las campanas juntas no consiguen replicar la alegría que yo siento cuando a mí verita estás.

VI  
El Padre Sordo está triste y no descansa un momento, porque no vé la manera de que tú y yo nos casemos.

VII  
Menos dura tu querer que ese vaso de cristal; jeres de un vidrio tan frágil que no se puede tocar.  
Narciso Díaz de Escovar.

## CURIOSIDADES



Armadura de D. Juan de Austria. Como todas las del tiempo en que esta armadura fue construida, adolece de

sobriedad de adorno y de sobra de peso.

Usóla constantemente durante algunos años D. Juan de Austria, quien por especiales circunstancias de su época se vió precisado a luchar continuamente en los campos de batalla. El peso de esta armadura es enorme.

## El aniversario de Chopin

### JORGE SAND Y CHOPIN EN MALLORCA

El Círculo artístico y literario eslavo de París acaba de celebrar en el cementerio del Padre Laohaise el 50.º aniversario de la muerte de Chopin; el ilustre polaco de origen francés, que fué el más germánico de los genios musicales. Este compositor habrá dado mucho que pensar a los que creían en el atavismo artístico, pues nada tuvo de la luminosa y viril inspiración francesa, y aunque en su profunda melancolía hay algo del carácter eslavo, fué sobre todo la encarnación del romanticismo alemán.

Nacido en humilde cuna, pero protegido desde la infancia por grandes señores, el precoz intérprete de las obras de Bach en el órgano y en el piano, que a los veinte años había rebordado triunfalmente toda Europa, vino a París en 1832, en plena voga romántica. Inmediatamente conquistó en los salones aristocráticos y en el mundo artístico el esquivo puesto que había de ocupar hasta su muerte.

Pero lejos de ser feliz en medio de sus triunfos, sufría horriblemente en la persigación de un ideal que se alzaba siempre de su alma soñadora. Su genio era de una esencia tan etérea y delgada, que ni los oríficos más expertos, ni los analistas más útiles han podido definirlo claramente.

Lista de los: «No oserto a explicar lo que siento al oír las polonesas, los valses, las mazurcas y sobre todo los preludios de Chopin ejecutados por él mismo. Es un sufrimiento atroz y un placer delirante; es el más dulce de los ensueños y la más espantosa de las pesadillas. Jamás el éxtasis y el dolor humano tuvieron semejante intérprete.»

¡Ay! en plena gloria, la abominable crisis hizo presa en el delicado cuerpo de Chopin. Los médicos le enviaron a Mallorca, a donde le acompañó Jorge Sand, que era una de sus admiradoras más entusiastas.

Chopin era ferviente adorador de las mujeres, de las flores y del sol; por consiguiente se enamoró de España.

En Mallorca fué donde compuso sus obras más sentidas, entre las cuales figura en primer término ese preludio en que nos hace oír como caen de una en una en el claro de la galoria las grandes gotas de lluvia que proceden a la «Tempestad». Las nubes cargadas de electricidad se acumulan. Pronto retumba el trueno. Las cataratas del cielo se abren y al estruendo de la tormenta halla dolorosos ecos en el corazón de Chopin.

«Comme l'âme s'émouit,  
Comme les yeux écourent!  
Et comme cette main  
d'où les notes déçoilent  
Tantôt dans la lumière  
et tantôt dans la nuit,  
Ronne avec fierté  
cet orage de bruit!»

Cesa la lluvia, Jorge Sand, ojalá hasta los huesos, vuelve a la habitación donde dejó al artista y lo encuentra alejado. Pero *L'orage*, esa página sublime, estaba escrita.

Cuando el sol resplandeció de nuevo en el mar azul, en los jardines de naranjos y limoneros, en las enramadas de rosales y jazmines, Jorge Sand y Chopin vuelven a trepar por la montaña, ansiosos de contemplar una vez más desde la serena altura los esplendores de la naturaleza mayorquina.

«Car les bois et les champs  
des sages seuls compria:  
font l'éducation  
de tous les grands esprits.»

Chopin volvió de Mallorca muy mejorado de salud, pero la vida agitada de París le condujo rápidamente a la muerte, acaecida el 17 de Octubre de 1849. Sus amigos, que conocían su afición a las flores, cubrieron de rosas el lecho mortuario; el féretro y la tumba del inspirado artista.

A. Salsay.

marqués de Orri, por una caricia de la cual se ha quedado mudo, y el tío Manzampulas es mucha cosa de esa dama que llegará dentro de poco.

—¿Cuál? ¿la superiora de las Ursinas de París?

—Sí señor, doña María de Ayala.

—¿Qué jomo misterio!

—Los misterios se cruzan, señor Alberoni, y anda de importancia, con tal de que los intereses que han producido esos misterios os sirvan; por lo pronto podéis contar con una no pequeña ventaja: la princesa de los Ursinos tiene siempre espías a los embajadores de las potencias extranjeras, si os valeis de un correo para enviar pliegos a vuestro soberano, ese correo estará vendido a la princesa, y ella conocerá antes que vuestro soberano el contenido de los pliegos; ¿os que creéis que consisten en continuo movimiento de embajadores que a cada paso son reemplazados?

—¡Ah! perdí por temible tenía yo a la señora de los Ursinos; pero no tanto como lo es.

—¿Y habéis enviado ya algún pliego importante a vuestro amo?

—Aún no, porque no he tenido tiempo de ver claro.

—Recomend.

—Sí, una carta bastante grave, dijo Alberoni; pe-

—Decididamente sois un personaje extraordinario.

—Mas de lo que creéis.

—¿Pero y por qué, por qué vuestra situación extraña?

—¿Qué queréis la princesa de los Ursinos me atrae; necesito estar cerca de ella; no puedo darme a luz en España; me envuelvo en el misterio, y vivo como puedo.

—Creo que no me engañais.

—No por cierto: me he propuesto servirlos lealmente, porque sirviéndolos consigo dos cosas: vengarme de la princesa de los Ursinos, y poder vivir mediante la buena recompensa que me dé vuestro amo por lo que le haya podido servir, cerca de la marquesa de Nava. Señora de las Nieves, sin pensar sobre ella, y si es necesario, sin darme a conocer; estoy cansado de una vida demasiado amorosa, y quiero descansar.

—Y decidme: ¿puedo confiar de la misma manera que en vos, en vuestros dos compañeros?

—De todo punto, señor Alberoni; Lucas Cabeceado aborrece de muerte a la princesa y tiene necesidad de dinero para ir a Méjico y vivir al lado de otra noble señora a quien ha orido. El tío Manzampulas aborrece de muerte, no solo a la princesa, sino al

fama, y una noche, por cierto muy oscura, un gentilhomme fué a mi casa y me dijo: —Venos conmigo: se os pagará bien; una noble dama que ha oído hablar de vos a otras señoras, desea que la digais su horóscopo. —Como yo nada tenía que temer, seguí al gentilhomme, que me llevó al palacio de él, en el que me introdujo por los jardines. En un pabellón de ellos, encontré a una hermosísima joven como de diez y seis años. No sé cuál de misterio: yo la conocía como la conocía todo el mundo en Parma. Era la princesa doña Isabel Farnesio, a quien acompañaba una dama hermosísima de su misma edad: la señorita Giovanna Casti: uno de vuestros pajes, señor abate.

—¡Ah, diablo! exclamó Alberoni.

—Sí, acabo de verla pasar, y a pesar de su disfraz la he reconocido.

—Pues estaba bastante oscuro.

—¿Qué queréis; entre las raras cualidades que yo tengo, una de ellas es la de ver de noche como los gatos.

—¡Ah, no! vos debéis haberla visto en otra parte.

—Es verdad, no quiero negároslo: cuando anoche fui a veros para ponerme de acuerdo con vos, en una habitación anterior a la en que vos estábais me crucé con ella: debe ser muy astrónoma; porque a